

dre, que cuanto más viejo es se hace más fuerte y más terrible.

—Tarda en llegar una persona, dijo Yhayé, que te convencería de que no es tan fuerte como crees el rey don Felipe.

—¿Qué persona es esa?

—Un francés de los que ayudaron á Antonio Perez, el secretario que fué del rey don Felipe, á escapar de la cólera de su señor; un soldado antiguo, que era saltador en la montaña de Cataluña cuando la fuga de Antonio Perez, y que está hoy al servicio de éste.

—¿Y para qué viene ese hombre? dijo Gabriel.

—Antonio Perez está al servicio de Enrique IV de Francia, y Carlos Cabrian, que es ese soldado, ese saltador que te he dicho, está al servicio de Antonio Perez; por lo mismo, las cartas que traerá para tí de Antonio Perez, vienen á ser como si fuesen de Enrique IV.

—¿Y debía venir ese hombre aquí? dijo Gabriel.

—Sí, y debía haber llegado. Pero calla, me parece que oigo su seña.

—¿Es su seña un silbido semejante al de una lechuza?

—Sí, eso es; no me había engañado: espera.

Y Yhayé se levantó, y se encaminó á la puerta del cementerio.

#### IV.

Gabriel de Espinosa y los tres nobles portugueses se quedaron esperando en silencio.

Poco despues se oyeron los pasos de Yhayé y de otro hombre.

Al fin, al escaso reflejo del farol que pendia de la cruz, Gabriel de Espinosa vió junto á sí á un fraile trinitario con la capucha calada, que habia venido con Yhayé.

—¿Quién de vosotros, señores, dijo el fraile, es el señor Gabriel de Espinosa?

—Yo, dijo Gabriel; ¿traeis algo para mí?

—Traia; pero ya no traigo.

—¿Y qué traiais?

—Una larga carta del señor Antonio Perez, para su majestad el rey don Sebastian de Portugal, con órden de entregarla al señor Gabriel de Espinosa.

—¿Y qué habeis hecho de ella?

—Me la he comido; y á fé á fé, que como era tan larga, me ha costado trabajo y bascas el tragarla.

—¿Y por qué os la habeis comido?

—Porque no se enterara de ella un alcalde con una ronda, que sin duda se habia empeñado en saber quién yo era y á dónde iba; y como la carta no se habia escrito para él, y no tenia para qué leerla, me la comí, para que no se apoderase de ella si me cogia, y se enterase de lo que no le importaba.

—¿Y cómo habeis escapado del alcalde?

—A tenazon; yéndome á él, dándole un cambio, y perdiéndome por unas estrechas calles, más intrincadas que un ovillo.

—¿Y ha sido muy lejos de aquí donde habeis dado el tenazon al alcalde?

—¡Oh, sí! Lejos; cuando vi que me seguian, en vez de acercarme á este sitio, empecé á alejarme de él; el

buen salteador, cuando le siguen la pista, no debe tomar el camino de su madriguera.

—¿Y no habeis tenido ningun otro tropiezo antes de llegar aquí?

—No señor; en Valladolid, y particularmente en este barrio, se acuesta la gente muy temprano, y no se ve un alma por la calle; el motivo de que yo no haya llegado antes, ha sido el haberme seguido, el haber tenido que rodear mucho; pero ya estoy aquí, y no se ha perdido nada.

—Pero vuestra venida es inútil, puesto que os habeis visto obligado á comeros la carta que para mí traiais del señor Antonio Perez.

—No es tan inútil como creéis mi venida; porque previendo que podia suceder que yo me viesse obligado á quemar ó comerme la carta, la habia leído muchas veces, y puedo deciros su sustancia, sin que falte nada de lo que importe, y con menos palabras que la carta; porque como el señor Antonio Perez es muy hombre de letras, en poniéndose á escribir no acaba nunca, y gasta y gasta papel, sin considerar que puede ser muy bien que un cristiano tenga que comerse la carta.

—Decidme, pues, lo que la carta contenia, dijo Gabriel de Espinosa, que yo lo diré al rey don Sebastian.

—Dice el señor Antonio Perez, que el caballero francés que tanto estima al rey don Sebastian, está en muy buen ánimo; que dentro de muy pocos dias los ejércitos franceses estarán en los Países Bajos para ayudar al principe de Orange contra el rey de España, y que al mismo tiempo otro ejército francés entrará en el Mon-

ferrato y en el Milanesado; que las flotas francesas amagarán las costas españolas del Mediterráneo, y mientras, que una gran flota inglesa se pondrá á la vista de España, por la parte del Océano; que el rey de Francia avanzará además á los Pirineos amagando una entrada, por todo lo cual el rey don Felipe se verá obligado á quitar fuerzas y capitanes de Portugal, y recoger toda la gente que pueda para hacer frente á los enemigos de que se vea rodeado; y como con las levadas hechas de pronto y con los enganches no podrá reunir gente bastante ni buena, habrá de quitar de Portugal la mitad lo menos de los cuarenta mil hombres que allí tiene, y lo que vale más, muchos buenos capitanes que tienen bajo su mandato aquellas tropas; Portugal está tranquilo y casi parece contento, y aunque el rey don Felipe es muy receloso y de nada se fia, como los gobernadores que tiene en Portugal le dan muy buenas noticias de lo pacífico que se muestra aquel reino, no puede ver ni verá peligro, dejará tan descargado de gente de guerra á Portugal, que bien podrán los portugueses habérselas con ellos y no dejar uno. Dice tambien el señor Antonio Perez, que suponiendo, como es de suponer, que el rey de España no mueva un soldado de Lisboa, una noche en aquella córte, como la de San Bartolomé en Paris, en que los hugonotes fueron cazados como zorros, seria una cosa muy buena y no difícil; porque los soldados españoles no están en casernas ni acampados, sino alojados á la desbandada en las casas de los vecinos. Y prosigue diciendo el señor Antonio Perez, que si cautelosamente, como se hacen estas cosas, se advirtiese á todos los ve-

cinos de Lisboa que tal noche á las doce, en tocando á arrebató la campana de Nuestra Señora de Belen, el que pudiese matase en su cama al soldado que hubiese en su casa, y se apoderase de su arcabuz y se pusiese en la ventana para tirar á los que pasasen por la calle acudiendo á la alarma, para lo cual, á los primeros golpes de la campana debian iluminarse todas las casas, para que se viesen bien á los que pasasen por la calle, en pocas horas no quedaria un soldado castellano en Lisboa que no estuviese muerto ó preso. Y dice el señor Antonio Perez, que como seria bueno recoger las armas y las municiones de los soldados que cayesen en la calle, para que no tuviesen peligro los que á recoger estas armas saliesen, debian ir con la camisa puesta sobre todo, ó con otra señal cualquiera, pero tal, que por ella se pudiese distinguir bien los que eran portugueses. Y dice el señor Antonio Perez, por consejo del caballero francés amigo suyo, que entiende mucho de estas cosas, que no bien haya sonado el primer golpe de la campana de Belen, el rey don Sebastian, que ya estará sobre la costa, tan cerca de Lisboa como sea necesario para que no se aperciaban las galeras españolas de que hay *turcos en la costa*, salte en tierra con la gente que llevare, que más valdrá que sea escogida que mucha, y se entre por Lisboa y embista como quien es tan buen caballero y tanto interesa en el logro de la jornada. Y dice el señor Antonio Perez, que el caballero francés dice que esto ha de hacerse por la posta, porque el rey don Sebastian, metido donde está, le rodean los peligros, y vive de casualidad y con el ¡ay! en los lábios; que el caballero francés nun-

ca aprobó que el rey don Sebastian fuese á donde está, antes bien, que se quedase en Marsella ó en otro puerto francés del Océano, que así se lo aconsejó al rey don Sebastian, y que teme que el no haber seguido el consejo no le pese, y se alegre mucho el rey don Felipe. Y dice el señor Antonio Perez, que en cuanto á lo de los dineros, el caballero francés no vé una libra tornesa ni por las nubes, á pesar de que necesita tanto para los asuntos en que anda metidó; y que si los señores portugueses y los otros de Portugal, chicos y grandes, están pobres y le dieron ya lo que pudieron, menester será que el señor Gabriel de Espinosa se ingenie con la monja y vea lo que la saca para el rey don Sebastian, que dicen que la monja es rica, y á nadie más que á ella conviene que el rey don Sebastian salga adelante, como quien luego ha de partir con él las dulzuras de la buena suerte; que harto hacen por allá con lo que hacen, y lo que es en esto, ya sabe vuestra merced, señor Gabriel de Espinosa, que á Monsieur es menester darle con un mazo en el codo para que suelte, y que lo diga sino el señor Antonio Perez, que se fué á su calor, y ahora anda por París poco menos que pigriciento, que con haberle dado una casa vieja y dos suizos para que le guarden, cree haber hecho lo bastante, y el pobre señor Antonio Perez anda encogido y acobardado, y no se atreve á salir más que de la casa á la iglesia, y si no fuera por monsieur de Vendome, que le estima en lo que vale, dia habria llegado en que el señor Antonio Perez se hubiera puesto la ropilla sobre la carne por falta de camisa, y hubiérasele visto la piel por los rotos al pobre señor.

Menester ha sido para que yo venga, que monsieur de Turena diera al señor Antonio Pérez cuatrocientas libras, de las cuales he dejado al desventurado señor Antonio Pérez ciento, para que algun dia pueda comer el desdichado algo sabroso. Pero como Dios premia las buenas obras, al pasar por la frontera topéme con un fraile trinitario y su lego, les di los buenos dias como acostumbro, y de resultas, sin saber yo cómo, se vinieron conmigo los hábitos del padre, que son estos que traigo puestos, y ciento y tantos doblones de á ocho, y algunas alhajuelas, y un macho de andadura con las alforjas bien provistas de cecina y otras frioleras, y andando viene el macho, y yo, puestos los hábitos, encima, hemos llegado á Valladolid muy bizarramente, y sin tropiezos en el camino. Ahora bien, y para concluir: el señor Antonio Pérez dice, que no puede aparejarse el negocio mejor que como está aparejado, y que si esta ocasion se pierde, no será muy fácil que se presente otra, y que si no se la ase de los cabellos, será cometer una falta que no mereceria ni perdon de Dios.

Esto es lo que con muchas más palabras y muchos símiles y muchas filosofías y muchas bizarras figuras decia la carta; pero lo sustancial es lo que yo he dicho; y así no hubiera escrito tanto el señor Antonio Pérez, porque tanto papel me he visto necesitado á tragar, que el estómago se me revela, y creo que la tinta me va causando cólico.

Así, pues, señor Gabriel de Espinosa, pues ya sabeis lo que habeis de decir á su majestad el rey de Portugal, quedad con Dios y vosotros tambien, señores; que los

papeles que me he cenado tan sin voluntad, me están dando guerra, y vóime á mi posada á tomarme una azumbre de agua caliente y aceite.

—Id con Dios, y tomad para el coste de la medicina, dijo Gabriel de Espinosa dando dos doblones de á ocho á Cárlos Cabrian.

—Mil mercedes, señor Gabriel de Espinosa; bien se conocé á la gente noble, aunque esté pobre; cuando el rey don Sebastian vaya á Portugal, y salte en tierra, me alegraré ser uno de los ciento.

—¿De ciento? preguntó Gabriel de Espinosa.

—¡Ah! No lo he dicho á vuestra merced, es verdad; se me habia olvidado; dice el señor Antonio Pérez, que para que su majestad el rey don Sebastian se acerque á Lisboa, no es menester ninguna flota; que esto, sobre ser caro, seria imprudente, y que basta con una pequeña fusta, que con facilidad se escapa, en la cual vayan con el rey cien hombres buenos, que si ellos son buenos, y estando encendida Lisboa, bastan y sobran para el negocio. Y quedad con Dios, señores, que más no decia la carta, y yo he menester volverme aprisa á mi posada.

Y Cárlos Cabrian se volvió y dijo á Yhaye:

—Monseñor Mastta, hacedme la merced de echarme fuera.

Echóle Yhaye, y volvió junto á los otros.

V.

—Las noticias que el capitan Cárlos Cabrian ha traído, dijo Yhaye, no pueden ser mejores, ni más acerta-

dos los consejos de Antonio Perez, como de quien es tan maestro en los asuntos de Estado.

—Ya lo habeis oido, señores, dijo Gabriel de Espinosa á los tres nobles; es necesario obrar cuanto antes, y afortunadamente; para lo que es necesario hacer en Lisboa no se necesita dinero; demos al San Bartolomé de París por compañera la noche de otro santo en Lisboa; para matar castellanos, no se necesitan más que arcabuces, pólvora y balas, y los castellanos las tienen.

—Se hará como se ha pensado, y aunque no saque ni un solo soldado castellano de Portugal el rey don Felipe, se hará en el momento en que sepamos que vuestra majestad está cerca de las playas de Lisboa, dijo el duque de Coimbra.

—Pues bien, oid, dijo Gabriel de Espinosa; para evitar cartas y mensajeros, que pudieran dar en malas manos, recordad y haced lo que voy á deciros: desde el momento que llegáreis á Lisboa, haced que todas las noches un hombre leal vele en la torre Vieja del Vigía; cuando este hombre viere en la mar la luz de un farol rojo, que aparecerá de tiempo en tiempo y en puntos distintos, será señal de que yo me acerco; tenedlo preparado todo para la noche oscura en que se vea sobre el mar una luz roja; acudid entonces á la playa de la torre Vieja del Vigía, y encended entre las rocas, de manera que no se vea desde el puerto, otra luz roja; cuando yo esté en tierra, una llamarada de la torre del Vigía será la señal para el toque de rebato de la campana de Nuestra Señora de Belen. Entonces, mis bravos, valor, y sea

lo que Dios quiera. Hasta entonces, prudencia y silencio. ¿Cuándo vais á partir?

—Mañana, señor, si vuestra majestad no nos manda otra cosa, dijo el duque de Coimbra.

—No; cuanto antes partais, mejor. Adios, pues, añadió levantándose, y que San Dionisio y Nuestra Señora de Belen intercedan con Dios por nosotros.

—¡Vuestra mano, señor!

—No quiero que me rindais pleito homenaje sobre un cementerio; soy algo supersticioso; no, no me la beseis hasta que yo os la tienda teñida en sangre castellana, en mi palacio de Belen. Adios.

Y se separó de ellos.

—Adios, señor, dijeron los tres nobles en voz baja y triste, como si su alma hubiese estado comprimida por un presentimiento funesto; como si hubiesen temido instintivamente al que creían su rey, y que tal vez lo era.

Y decimos que tal vez lo era, porque los que sabian á ciencia cierta si era impostor ó rey, han muerto há más de tres siglos y medio, y ya solo lo sabe Dios; porque el proceso del pastelero de Madrigal es un misterio sombrío, imposible de esclarecer.

#### VI.

—¿Te acompaño, hermano? dijo Yhay en la puerta del cementerio á Gabriel de Espinosa.

—No; Abenamar está esperándome al pié de la iglesia de la Antigua, y más allá, de trecho en trecho, están los otros, dijo Gabriel de Espinosa; si andan rondas

por mi camino, ya lo sabrá Abenamar, y echaré por otro lado.

—Estás triste, Sebastian.

—No me llames Sebastian cuando estemos á solas; aquí no tenemos que engañar á nadie.

—Que empeño el tuyo en ser un misterio para Mirian y para mí, para los que más te aman sobre la tierra.

—Estoy triste, es verdad, dijo Gabriel de Espinosa, esquivando contestar á la observacion de Yhaye; estoy triste porque me parece que esos tres nobles de Portugal están desalentados, y no sé por qué desde hace algunos dias, tengo oprimida el alma por no sé qué temor.

—Es porque se acerca el momento de la prueba, el momento decisivo, y lo que sientes es más que temor, impaciencia, ansiedad.

—¿Es de confianza el sepulturero ó el guarda del cementerio?

—Tan de confianza, que nada sabe; es muy posible que crea que somos hechiceros ó brujos que venimos al cementerio á alguna cosa de la magia negra; pero ni aun siquiera puede sospechar que venimos al cementerio, porque aquí, mejor que en ninguna otra parte, pudiéramos estar seguros de ser sorprendidos; ¿quién ha de creer que se conspira por una corona en el cementerio de los ajusticiados?

—Mal agüero, Yhaye, mal agüero.

—¿Y quién cree en agüeros? ¿Qué más dá conspirar aquí ó en otra parte?

—Dime: ¿no podrá haber oido nuestra conversacion el sepulturero?

—No, porque le tengo encerrado en su cuartucho, en el bolsillo la llave, y no pueden ni vernos ni oirnos; véte y tranquilízate; tu asunto no puede ir mejor encaminado. Adios, y hasta que sea necesario que nos veamos.

—Adios.

Y los dos concuñados se dieron las manos.

Gabriel de Espinosa se alejó, y se perdió en el fondo oscuro de la calleja.

Algunos minutos despues, Yhaye salió con los tres nobles, cerró la puerta del cementerio por fuera, y luego tiró adentro la llave por encima de la tapia.

Poco despues, él y los tres nobles se habian perdido á lo largo de la calleja en direccion opuesta á la que habia seguido Gabriel de Espinosa.